

De Antonio José Restrepo

CERVANTES A SANTA FE DE BOGOTÁ

SUEÑO LEYENDA Y REALIDAD

De cómo pudo haber sucedido que el Ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra viniese a Santa Fe de Bogotá y aquí escribiese el QUIJOTE verdadero narrando las hazañas de los conquistadores.

A don Luis de Armiñán, diputado a Cortes,
Secretario de la Unión Latino Americana,
recuerdo de amistad santafereña.

Revolviendo viejos papeles estos días en la Biblioteca Nacional, con ocasión de escribir algo en el tercer centenario de la muerte de *Cervantes*, que como piadosos hijos suyos en el habla, el corazón y la mente, hoy estamos conmemorando, tropezamos con un legajo amarillento, ya tomado un tanto de la polilla y maltratado, en el cual descubrimos una carta fechada en Sevilla a fines del año de 1590 y firmada por don Juan Rodríguez Fresle, ilustre autor de *El Carnero de Bogotá*, "natural de esta ciudad, y de los Fresles de Alcalá de Henares en los reinos de España, cuyo padre fue de los primeros pobladores y conquistadores de este Nuevo Reino". Un tal hallazgo despertó vivamente nuestra curiosidad, pues no recordábamos por el momento que nuestro candoroso historiador hubiera estado jamás en la madre patria, y aun dudábamos que la firma no ocultase algún homónimo del labriego de esta sabana, ya que las listas que él mismo coteja en su obra de cuantos conquistadores aquí se quedaron, no apunta a ninguno de los Rodríguez que trae como sus progenitores y que de este apellido figuran más de cuatro vástagos de familia. Hubimos, pues, de ponernos a leer y a descifrar con todo espacio, y cuál no sería nuestra grata sorpresa al ver que en aquel confuso papel, y a modo de encantamiento, se trataba nada menos que del autor de la *Galatea*, de muchas comedias inéditas, de muchos versos donosos y de las *Novelas Ejemplares*; nada menos que del mismísimo don Miguel de *Cervantes*, para quien las partes de América y este Nuevo Reino de Granada, como ninguna otra, fueron objeto de preocupación y preferente cariño en algún momento angustioso de su preclara y combatida existencia. Si fuere maravilla esta carta, o fingimiento de apasionada fantasía, los que leyeren lo

dirán. Nosotros respondemos de su autenticidad, quier de su verisimilitud, y nos consideramos por afortunados de haberla hallado, de haber podido compulsarla con apenas insignificantes alteraciones verbales y de poder ofrecerla a los admiradores del hijo de Alcalá de Henares, como un humilde tributo a su gloria imperecedera, que le va de esta misma Santa Fe indiana, en que él posó su primer pensamiento cuando buscaba un refugio a sus desdichas y que hoy le venera como a santo, por su vida pura y su muerte de excelsa beatitud. Que perdone el alto Numen de la lengua castellana si el buen Rodríguez Fresle, su paisano por sus mayores, y su pendolista de casualidad no le pueden saludar y recordar y enaltecer cual él lo hizo con tantos magnates cortesanos que de nada le valieron porque nada valían.

La carta corre así:

“De Sevilla y noviembre de 1590

“...El viernes siguiente, después de medio día, entró el correo a pedir el socorro para Cádiz. Alborotóse la ciudad con la nueva y con el bando que se echó por ella. Andaban las justicias de Sevilla, asistente, audiencia, alcaldes de la cuadra y todas las demás, que de día no de noche no paraban. El lunes siguiente en el campo de Tablada se contaron cinco mil infantes, con sus capitanes y oficiales, y más de mil hombres de a caballo, entre los cuales iban don Juan Vicentelo, hijo del Corzo, y el conde de Gelves, su cuñado, cargados de luto hasta los pies de los caballos. Acompañólos mucha gente de la suya, con el mismo hábito, que hacía un escuadrón vistoso entre las demás armas: estuvo este día el campo de Tablada para ver, por el mucho número de mujeres que en él había, adonde mostró muy bien Sevilla lo que encerraba en sí, que había muchas piñas de mujeres, que si sobre ellas derramaban mostaza no llegara un grano al suelo. Partió el socorro para Cádiz, unos por tierra, otros por el agua; y no fui yo de los postreros, porque me arrojé en un barco de los de la vez, de un amigo mío, y fuimos de los primeros que llegamos a San Lúcar... La armada del enemigo andaba cerca de tierra, de una vuelta y otra, sin poder entrar en el puerto. Las galeras de España no los podían ofender, porque estaban desapercibidas despalmado y el tiempo era muy recio para galeras. El corsario Drake, visto que no podía salir con lo que había intentado, fue saliendo del puerto y no quiso salir sin hacer algún daño en lo que pudiese, como ya había infestado las costas del Nuevo Reino, tomado y saqueado a Cartagena y la ciudad de Santo Domingo en la Isla Española, como es notorio. Pero habiendo abonanzado el tiempo revolvió el Drake sobre San Lúcar de Barrameda dentro de diez días. Aquella barra es peligrosa, porque se entra a ella por Contadero. Envió un patache con una bandera de paz y un recaudo al Duque de Medina, suplicando le socorriese con bastimentos de que estaba muy falto, y que se moría la gente; y que de él se había de valer como amigo antiguo y tan gran caballero. Platicóse entonces que este don Francisco Drake había sido paje del Emperador Carlos V, que se lo había dado Felipe II, su hijo, cuando volvió de Inglaterra, muerta la Reina María, su mujer, y que por ser muy agudo se lo había dado para que le sirviese, y que era muy aespañolado y sabía bien las cosas de Castilla, y que de allí nacía

la conosciencia y amistad con el Duque de Medina; el cual le envió bastimento y regalos para su persona, enviándole a decir que le esperase, que le quería ir a ver cuando allegase la gente que le había de acompañar. Respondiéndole el inglés que él no había de reñir ni pelear con un tan gran caballero y que con tanta largueza había socorrido su necesidad, porque más lo quería para amigo que no para enemigo; con lo cual se hizo a la vela bien refocilado y presto a dar luégo los terribles zarpazos con que hundió para siempre el poderío que en la mar habían tenido allí las naves españolas (1).

“Yo y todos los demás quedamos confusos con este chasco y dimos la vuelta a Sevilla que ardía en no reprimido coraje y se soltaba en risa por la conducta, si caballerosa inepta por demás, del bueno del señor Duque, en cuyas manos flojas y torpes había puesto la católica Magestad de don Felipe II la pujante armada que él mismo llamara la *Invencible*. La carcajada general fue asuntada a unos versos que corrían de boca en boca, flechados a un cierto capitán Marco Antonio Becerra, que había sido de los aprestadores para la defensa de Cádiz y era muy de relumbro y fanfarrón él, a quien unos poetas sevillanos, desde el famoso Juan de la Cueva hasta el desconocido Alvarez de Soria, asaetearon que era un gusto. Pero ninguno llegó en esto a un tal *Don Miguel de Cervantes*, ni a su soneto famoso, que por ser el primero donde amanece y repunta la sátira de aquellos ridículos y pesadumbrosos sucesos, voy a trasladarlo aquí, tal y como él mismo luégo nos lo decoraba letra por letra:

*“Vimos en julio otra Semana Santa
Atestada de ciertas cofradías,
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo y no el inglés se espanta.*

*“Hubo de plumas muchedumbre tanta
Que en menos de catorce o quince días
Volaron sus pigmeos y Golías
Y cayó su edificio por la planta.*

*“Bramó el Becerro y púsolos en sarta,
Tronó la tierra, escurecióse el cielo
Amenazando una total ruina...*

*“Y al cabo en Cádiz, con mesura harta,
Ido ya el Dakre, sin ningún recelo,
Triunfando entró el gran duque de Medina” (2).*

“Empicado de estos versos, diéronme ganas de conocer al autor, que ya sonaba como uno de los mayores de España, y comuniquéle mi deseo al posadero, que lo era el cómico Tomás Gutiérrez, amigo del poeta, y que dejando la farándula había puesto como venta en el Arenal, donde por la estrechez en que nos hallábamos mi protector y yo hubimos de alojarnos de temporada en Sevilla. A este hospicio solía venir *Don Miguel* en busca de sus amigos y compañeros de oficio, en las cobranzas y requisas, Miguel de Santa María, Agustín de Cetina y Juan de Tamayo. A la primera ocasión me trabé en relaciones y amistad con quien yo quería y

admiraba ya. Al saber él que yo era indiano, hijo de un vecino de Alcalá de Henares, que era su patria de él también, cobróme apego y quiso saber de mí las cosas de ese Nuevo Reino de Granada y de esas Indias, con cuya conquista, descubrimiento y posesión estaban llenas la imaginación osada y las fantasiosas esperanzas de estos peninsulares. Yo también quise enterarme de su vida, condición y proyectos, y como nuestros genios se avenían, magüer nuestras edades y calidad no fuesen unas mismas, nos conchavamos en mutua y respetuosa querencia, por donde vinimos a comunicarnos con intimidad, a pasearnos juntos, solos o con sus camaradas, por toda esta Sevilla, unas veces por frente al puerto de Camaroneros, pasando del Arenal a la puente de Triana, otras veces por la torre del Oro y la Giralda, cuándo escurriámonos por el Arco de la Fortaleza hacia los alfares y de allí al campo de Aznalfarache, ya pasando de las Ataranzadas a la Madera, deteniéndonos en la Resolana, donde a la tardecita las ninfas de las tasqueras y mancebías tendían el pobre y traqueado fardo y se rascaban la sarna y los piojos, ora en fin entrábamnos en el famosísimo Compás o nos atrevíamos hasta el fangal de la Laguna.

“*Don Miguel* estaba triste y como descaecido de su ánimo. Siempre me decía de su amor por el camino, el viaje, la variedad de la vida ambulatoria; y a la sazón estaba como preso en el laberinto, porque sus cuentas no salían y los señores de la Contaduría le apretaban por sus descargos y justificaciones, lo que él hacía en memoriales tras de memoriales. Tan mal de ropa se ha encontrado, que le fue menester recurrir a su amigo el cómico Tomás Gutiérrez, nuestro mesonero, para que le saliese fiador con los mercadeles Miguel de Cabiedes y Compañía, quienes le suplieron cinco varas y media de raja de mezcja, un pañete bien humilde por mi vida.

“Considerando yo a un tal hombre en tales trances, preveído no más del miserable empleo de comisario recaudador de trigos, aceites y otras provisiones para la Invencible, que por recomendación de sus amigos de Isunza y Garibay le otorgara el proveedor general de la flota, don Antonio de Guevara, me atreví a sonsacarlo que nos aprestásemos a pasar a esa mi tierra americana, donde yo le prometía paz y dicha para su alma tribulada, honra y prez para sus manos limpias de buen mayordomo de los haberes de Su Majestad, y montes de oro y hartura honesta para su bolsa mal apertrechada. Como él era poeta le recitaba yo algunos pasos de las Elegías de varones ilustres de don Joan de Castellanos, le pinté como pude la hermosura y abastanza de nuestra ubérrima Sabana, le ponderé su maíz, sus papas y cuvios, sus arracachas, sus fríjoles, hibus, gubias y demás ortalizas placeras, sin olvidar que ya teníamos allá el trigo y la cebada, el arroz, las habas y el azafrán, con otras cosas de las más preciadas de Castilla, que se daban en acopio cual en su propio suelo. Para postre y resumen le memoré en elogio de ese Nuevo Reino, que será el del cielo si hay dos, el comento final del cura de Tunja cuando cantó por boca del conquistador feliz que ganó de la Magdalena o Nuevo Guadalquivir a esa llanura deleitosa del Guatavita, el Zaque y el Bogotá.

“.. ¡Tierra buena, tierra buena,
Tierra que pone fin a nuestra pena!”.

“Y más que todo le ahincaba en la gran singularidad de las que contiene nuestra breve historia, por más que la atribuya a la razón a la altivez de los nuestros conquistadores, que habiendo en el Nuevo Reino tantas mujeres nobles, hijas y hermanas de reyes, caciques y uzaques, que sin menoscabo de su lustre pudieran recibir por esposas los más nobles que pasaron a su conquista, como se practicó en las demás partes de América, no se hallará que alguno de todos ellos casase con india, por más calificada que fuera; y no, a mi entender, porque notasen desigualdad en la sangre, sino porque mirándolas gentiles y en la sujeción de prisioneras, se desdeñó el pundonor castellano de recibir en consorcio a quien no asintiese a él con libertad de señora y educación de católica; de que resultó ocurrir a Castilla los casados por sus mujeres, y los que no lo eran a elegir de su misma nación a las hijas o parientas de aquéllos, o a las que por otro accidente decoroso habían pasado a Indias, de quienes se fundaron las muchas casas de caballeros que ilustran el Nuevo Reino de Granada, donde Dios derramó su mano (3).

“Mucho se reían el *Cervantes* y sus amigos de mi moda de hablar y mis vocablos, que con rusticidad de sabanero y orejón yo enjaretaba, pero el propio tiempo, como su necesidad acosaba y el panorama de Indias se extendía allá a lo lejos con el señuelo de lo desconocido, el viejo soldado de Lepanto, el andariego trajinante de la vida libre de Italia, el cautivo milagroso de Argel, se retorció el vigote y se mesaba los cabellos dando y cavando en mis palabras y trasegando por su cabeza ese viaje de halago y aventura a que yo le convidaba.

“Los días pasaban sin que nada se resolviese. *Don Miguel* escribía sin vagar en un cuartucho que el cómico le tenía dispuesto, y trasladaba al papel allí cuanto observaba de regocijado en sus paseos por los barrios y en sus frecuentes viajes a los pueblos aledaños, a donde su odioso oficio de recaudador lo llamaba, si no lo encarcelaban, le tiraban piedras o lo hacían dormir a la serena. Decía él, consolándose, que de sus malandanzas habían de nacer jocosidades ejemplares, en que tendrían de salir hablando hasta los perros, en diálogos como los de Sócrates y Platón, al menos de Luciano, con licenciados de vidrio, y que las brujas mismas, la Camacha, la Cañizares y la Montiel, pasando por su pluma harían olvidar a las hechiceras de Thesalia que inmortalizó Apuleyo en su Asno de Oro. La Camacha había convertido en caballo a don Alonso de Aguilar, hijo del marqués de Priego, mozo a quien la inquisición de Córdoba tuvo preso por haberse sujetado a tan increíble metamorfosis. De la Cañizares un día nos contó que había ido a verla, que había hablado con ella y presenciado sus conjuros y sortilegios, en los cuales creen ahora por acá hasta las personas más cultas y sabias. Díjonos que había entrado en el aposento estrecho y obscuro y bajo de la hechicera, solamente esclarecido por la débil luz de un candil de barro y que allí vio “aquella figura, toda notomía de huesos cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; la barriga, que era de badana, tapándole las partes deshonestas, y aun colgándole hasta la mitad de los muslos; las tetas semejantes a dos vejigas de vaca, secas y arrugadas; renegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgredada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos”... (4). Todo

lo pintoresco y lo sombrío, lo grandioso y lo vulgar, lo grotesco y lo lloroso de aquel mundo físico y moral de Andalucía, se derramaba por los labios y la pluma de aquel huésped pegadizo del buen cómico, y a todos nos partía el alma ver que los grandes y poderosos de Sevilla no tenían para él sino desdenes o cárceles, miseria, trampas, empeños, y desempeños.

“No será mal que os recuerde aquí, que se burló cual convenía de las añagazas y trapacerías del duque de Medina y sus parecidos, también supo llorar con voces graves la rota de la Invencible y su desastrado fin. Se platicó entonces que la sacra real majestad de don Felipe, estando paseándose en un corredor del Escorial, cuando lo dieron la nueva dijo alzándose de hombros: “Yo mandé mi armada y gentes a luchar contra los hombres, no contra los elementos”. *El Cervantes* halló mal esta salida de tono y cantó la tristeza de España en versos como de consolación. Creyendo talvez que se trataba de su Lepanto y del de Austria, que no del Medina y sus atunes, dijo así:

*“Dirás al otro, que en sus venas tiene
la sangre de Austria, que con esto solo
Le dirás cien mil hechos señalados,
Y en cuanto al ancho mar cerca y contiene,
Y en lo que mira el uno y otro polo
Fueron por sus mayores acabados;
Estos así informados,
Entra en el escuadrón de nuestra gente
Y allá verás mirando a todas partes
Mil Cides, mil Roldanes y mil Martes,
Valiente aquél, a queste más valiente;
A éstos sólo les dirás que miren
Para que luego aspiren
A concluir la más dudosa hazaña:
¡Hijos mirad que es vuestra madre España!”.*

“Para más lo persuadir que fuera al Nuevo Reino en nuestra compañía, lo acerqué a mi protector y amigo el oidor don Alonso Pérez de Salazar, que al punto había llegado de Madrid a Sevilla trayendo buenas nuevas de su causa, y que suspiraba por volverse a Santa Fe a meter orden y paz y sosiego en tantos alborotos como había enmarañado su perseguidor Orellana, que con 150.000 pesos de cohechos que había traído de ese Reino, nada le valió y tuvo aquí muchos enfados, y al fin lo prendieron y murió en la prisión pobre y comido de piojos. El doctor Salazar instruyó al pormenor a *Don Miguel* y le confirmó cuanto yo le había porfiado de la anchura y fertilidad de esas tierras y de la necesidad que tenía el rey nuestro señor de aposentar allí cuantos buenos y leales servidores pudiere, porque la cudicia desenfrenada y la soberbia de algunos tiranos desclavados, trocaban la tierra en infierno y los dones de Dios en causas de perdición temporal y eterna.

“Pero el *Cervantes* iba y venía, con sus causas también colgadas en la Contaduría, con las cosas de grande aliento que le revolvían los aposentos del cerebro y con reclamos de su mujer, una señorona de Esquivias,

que aunque fría como un mármol y desabrida como un níspero, siempre lo perturbaba con letras y regaños. Frisaba ya con los cincuenta años y si requería el retiro de los halagos cortesanos, la pobreza y la carcoma de las letras, lo contenían de pasar la mar en un salto como para el otro mundo. Había conocido ya la humanidad heroica en Lepanto, la humanidad alegre y libre en Italia, la humanidad trágica en Argel, la humanidad cortesana y culta en Lisboa y en Madrid; ahora lo tenía hastiado hasta la náusea la humanidad corriente y moliente, la de todos los días, la que forma la cantera grande de la nación, y también esa pequeña, retirada, angosta y engurruñida humanidad que vive recoletada en los rincones de los pueblos y no sale jamás dellos; pero que roe, trabaja, y comunica los de fuera sus aprensiones, egoísmos y cicaterías.

“Es este *Don Miguel* de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de oro comenzando a tirar a ser de plata, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies (5), su trato afable como pocos, que ha viajado y visto mucho, porque lee mucho y sabe mucho.

“La enojosa función de la comisaría le pesaba como un fardo y por fin en esta primavera que ya pasó, al volver de Carmona, Ecija o Montilla, donde había estado sacando y embargando aceite, supimos por cartas de ésa y otras que llegaron a la casa de la Contratación, que estaba vaca la plaza de Contador en ese Nuevo Reyno. La dorada leyenda de las Indias, el baño de oro de Guatavita, los templos del Sol en Sugamuxi, y las prodigiosas ocurrencias de por allá, espejaron ante los ojos de *Miguel*, como el dorado sol que hacia ellas caminaba, reflejándose por las tardes con resplandores deslumbrantes en la torre del Oro y en la de la Plata y enviaba sus últimos amorosos adioses a la Giralda desde las oliveras de Aznalfarache.

“*Don Miguel* escribió un breve y sencillo memorial, recordando sus servicios y los de su hermano Rodrigo, que a la sazón es alférez en Flandes; contaba él, sin propasarse, sus desgracias presentes y suplicaba humildemente se le concediera la Contaduría en Santa Fe de Bogotá. Bien catarán vuestas mercedes que *Don Miguel* no pensaba con esto, si se lo otorgaban, que iba a conquistar el reino de Candaya, ni a subirse a los cuernos de la luna; pero sí atendía a que, conocido lo presente y su mezquindad, las Indias eran otra cosa, mejor o peor, pero distinta de lo de agora. Acompañó su memorial con la famosa certificación del duque de Sessa, la carta autógrafa que le diera don Juan de Austria luego de lo de Lepanto, y con las pruebas de su largo y duro y calamitoso cautiverio.

“Esperamos todos, inter tanto, si *Don Miguel* granjeaba su pretensión y si don Alonso se veía libre de su causa. Viéronse los autos de los oidores Salazar y Peralta en el Real Consejo; hubo quien ponderase mucho las muertes de Bolaños y Sayabedra, y quien apretase a Peralta en la muerte de Ontanera y otras cosas. El Real Consejo declaró haberse hecho

justicia dándolos por buenos jueces y restituyéndolos a su plazas. El licenciado Salazar, ahora guayoso, se excusó con su Majestad para quedarse aquí. Y sucedióle que como estaba tan pobre o más que *Cervantes*, tomó capa de letrado y fuese a abogar a la Sala del Consejo. El presidente reparó en él y preguntóle: —No sois vos el licenciado Alonso Pérez de Salazar? “Respondióle: —“ Sí soy, señor”. Dijo el presidente: —¿Pues no gobernásteis el Nuevo Reino de Granada como oidor más antiguo? “Respondióle que sí. Preguntóle: —¿Pues qué habéis hecho de la ropa que os dió Su Majestad? “Respondióle “que no la podía substentar. “Replicóle: —¿Pues no os dio renta Su Majestad? “Respondió “que sí, pero que toda se había gastado en la muerte de su mujer y en las condenaciones del visitador Orellana”. Díjole el presidente: —“Idos a vuestra casa y tomad la ropa que os dio Su Majestad, que aquí se tendrá cuenta con vuestra persona”.

“Con esto se salió de la sala y se vino unas vegadas conmigo a esta Sevilla, como puerto de espera y de fortuna. Pasados algunos días sucedió que entre Su Majestad y una duquesa extranjera había pleito, sobre ciertos pueblos y tierras de su estado. Estaba este pleito comprometido a un juez árbitro en una consulta. Dio la duquesa memorial a Su Majestad. Preguntó el rey en qué estado estaba aquella causa. Respondieronle que estaba comprometida. Dijo: —¿Pues no hay un juez o persona que la determine?”. A este tiempo se acordó el presidente del Consejo de Indias del licenciado Alonso Pérez de Salazar, y díjole al rey: —“Aquí está, señor, el licenciado Alonso Pérez de Salazar, que gobernó el Nuevo Reino de Granada; mándelo Vuestra Majestad, se le comprometerá”. Dijo el rey: —“Comprométasele. “En esta conformidad le llevaron los autos, y habiéndolos visto muy bien, los sentenció en favor de la duquesa. Enviólos algo tarde al secretario donde pendían, y aquella noche se fue a Valcarnero, de donde era natural. La duquesa que sintió la sentencia en su favor, en otra consulta dio memorial a Su Majestad. Preguntó qué había resultado. Dijéronle que había salido en favor de la parte contraria. Dijo el rey: —“Sería justicia” sin replicar más palabra.

“He querido decir a vuestras mercedes todo esto, para que se vea qué tal era el juez que allá tuvimos en materia de hacer justicia, y por pagarle algo de lo que hizo y pensaba seguir haciendo por mí, desde que me sacó de Ontibón, de mis éras, y me trajo a rodar tierras y a ver estas cosas cortesananas, que alabado sea Dios.

“Pues al cabo de tiempos murió el fiscal del Consejo de Indias; fue la consulta a Su Majestad con las copias y los nombres de los consultados. Tomó el rey la pluma, y por bajo de los nombrados dijo: “El licenciado Alonso Pérez de Salazar, fiscal del Consejo de Indias. “Con lo cual se hizo muy gran diligencia en buscarle, y no lo hallaron ni sabían de él, ni quién de él diese razón; con lo cual en otra consulta llevaron los propios consultados, y por bajo de ellos dijeron: “El licenciado Alonso Pérez de Salazar no parece. “Volvió el rey a tomar la pluma, y dijo: “El licenciado Alonso Pérez de Salazar, fiscal del Consejo de Indias, en Valcarnero le hallarán”. Sabía el rey dónde estaba, y todos los Consejos, porque a Felipe II, por especial gracia, no se le escondía nada. Trajéronle a su plaza, y dentro de poco tiempo ascendió a ser oidor del Consejo, pero en

esas se murió, quedando yo hijo de oidor muerto, con que lo digo todo. Pobre y en tierra ajena y extraña, con que me hube de afanar con *Don Miguel* por que apurásemos nuestro viaje y suyo y mi vuelta a Indias.

“Pero como *Don Miguel de Cervantes Saavedra* era también hijo del oidor muerto, y no tenía privanza ni valedores, o no supo o no quiso emplearlos, pues era su altivez grande del tamaño de su alma, no tardó mucho en ver chafada su pretensión. Con 21 de mayo de este año que fina escribió y mandó su memorial al mismo Consejo de Indias, por la Contaduría de allá con nosotros, y con fecha de seis de junio el consejero ponente doctor Núñez Morquecho, escribió en respuesta esta como ironía o pulla, que nos partió el corazón: “Busque el peticionario por acá en qué se le haga merced...”.

Y así fue como *Don Miguel de Cervantes y Saavedra* y don Juan Rodríguez Fresle, de los de Alcalá de Henares, no pudieron venirse juntos a glorificar el Nuevo Reino y escribir aquí, entrambos a dos, el Quijote de la Conquista y sus hazañas inmortales.

Por la parte de copia.

ANTONIO JOSE RESTREPO

Santa Fe de Bogotá, abril 23 de 1916, centenario tercero de la muerte sobrehumana del chafado Contador del Nuevo Reino.

NOTAS DEL AUTOR

(1) “*El Carnero*”, páginas 153 a 156, de don Felipe Pérez, 1859 con pequeñas variantes, y otras varias que se interpolan luégo.

(2) Véase “*El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*”, sucesos de su vida, contados por Francisco Navarro Ledezma, año de 1905 en la imprenta alemana. Madrid.

(3) *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, por el doctor don Lucas Fernández de Piedrahita, obispo electo de Santa Marta, edición de Bogotá, hecha sobre la de Amberes de 1688, página 407.

(4) *Diálogo de Cipión y Berganza*, perros del hospital de la Resurrección en Valladolid.

(5) Retrato que de sí mismo hizo *Cervantes* en el prólgo de sus *Novelas Ejemplares*.